

MICHELLE DURÁN

Romeos y Julieta



FANDOM BOOKS



Romeo
& Juliet

1.ª edición: marzo de 2026

© Michelle Durán, 2026

A través de la agencia Ute Körner Literary Agent, – www.uklitag.com
Todos los derechos reservados.

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez Soler

Ilustración de cubierta: Alantaire, 2026

ISBN: 978-84-19831-53-8

Depósito legal: M-1689-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

MICHELLE DURÁN

Romeos
y Julieta

FANDOM BOOKS

«¡Mi único amor brotó de mi único odio! Demasiado pronto visto, desconocido, y conocido demasiado tarde. Prodigioso es el nacimiento del amor para mí, que debo amar a un enemigo odiado».

Romeo y Julieta (acto 1, escena 5)

—WILLIAM SHAKESPEARE

*Para todas las personas
que creen que solo hay un camino;
la vida está plagada de desvíos.*

*Y a Marta, mi editora;
gracias por cumplir uno de los sueños
de la Michelle adolescente.*

Capítulo 1

Nadie sabía cuándo, ni cómo, había comenzado. Lo que sí sabía todo el mundo era que los Caplan y los Montgomery se odiaban a muerte, lo cual era malo y bueno al mismo tiempo. Malo, porque eran vecinos (¡sus mansiones colindaban!) y no había día en que no estallara algún problema entre ellos. Bueno, porque gracias a la enemistad que los unía la ciudad estaba más bonita y entretenida que nunca.

Si Frederik Montgomery donaba una fuente para el parque, Anthony Caplan se encargaba de impulsar la construcción de un nuevo centro comunitario. Si los Montgomery renunciaban a sus lujosas navidades en Aspen para ayudar en un comedor social, los Caplan dejaban de lado sus vacaciones de verano y se iban de misioneros a algún país de África.

Y así año tras año, festividad tras festividad, evento tras evento. Dos familias, ambas iguales en dignidad, destinadas a odiarse, condenadas a convivir.

Cuando el mundo entero estaba seguro de que la escalada de odio entre Montgomery y Caplan se había estancado, ocurrió lo peor: los primogénitos de ambas familias se enamoraron. Roman y Julie empezaron a salir durante el último año de instituto y mantuvieron la esperanza de que su amor fuera suficiente para acabar con años y años de odio sin sentido. Se equivocaron, por supuesto. ¿Cómo iba Frederik Montgomery a olvidar... lo que fuera que le hubiese hecho Anthony? ¿Y Anthony? ¡Ni muerto perdonaría a Frederik por... por todo!

Para cuando llegó el momento en el que los enamorados debían escoger universidad, lo tuvieron claro: la que fuera, pero lo más lejos posible de sus familias. En agosto hicieron las maletas y se marcharon a vivir su amor.

Salem Caplan echaba de menos a su hermana. No se había sentido tan traicionado por su relación con un Montgomery como sus padres, aunque sí le había pillado por sorpresa. Como primogénita de los Caplan, Julie había crecido odiando a los habitantes de la mansión de al lado. No entendía cómo era posible que se hubiese enamorado de Roman, por muy guapo o encantador que fuera (aunque, para que constara, a Salem no se lo parecía; Roman era alto y tan desgarbado como el resto de su familia, con una torpeza que lo hacía parecer un ciervo recién nacido).

La última vez que Salem había hablado con su hermana cara a cara fue cuando Julie había guardado las maletas en el coche, segundos antes de marcharse a la universidad.

Bueno, marcharse era una forma muy amable de decirlo. En realidad, Julie había huido.

Salem todavía recordaba el momento como si hubiera sido ayer. Recordaba la discusión de Julie con sus padres, la amenaza de los Caplan de no volver a hablar con ella si, al final, decidía estudiar Arte y no Derecho y seguía saliendo con Roman. Recordaba las lágrimas de su hermana mayor, el «pues que así sea» que había sentenciado segundos antes de coger sus maletas y salir de casa dando un fuerte portazo.

Julie solo se había despedido de sus hermanos. De Daphne lo había hecho entre lágrimas y besos. De Salem, con un último consejo.

—No dejes que el odio te contamine a ti también —le había dicho, aunque Salem había descartado su consejo con un aspaviento. ¿Qué le iba a decir ella? Estaba enamorada. Era evidente que se le había ido la pinza. ¿Renunciar al apellido Caplan (¡a su familia!) por amor? Ridículo.

Ya habían pasado casi tres meses desde la partida de su hermana, pero ni sus padres ni Julie habían dado su brazo a torcer. Salem esperaba que, tarde o temprano, las cosas volvieran a su

cauce, aunque no parecía que ese día fuera a llegar pronto. El nombre de Julie era tabú en casa, y sus padres actuaban como si no existiera. Y su hermana... cada vez llamaba menos. La verdad, prefería no pensar demasiado en ello. Tenía problemas mucho más cercanos con los que lidiar.

Porque cada vez estaba más convencido de que, si había alguien en su familia con derecho a odiar a los Montgomery, ese era él. Al fin y al cabo, los demás no tenían que aguantar a Beckett todos los días.

—Hola, tierra llamando a Salem...

Lewis Staten, su mejor amigo, le lanzó una patata frita a la cabeza desde el otro lado de la mesa de la cafetería. Salem parpadeó y se dio cuenta de que llevaba varios minutos mirando hacia el otro lado del comedor, donde Cruz Reyes charlaba con sus amigos.

—Eeeeh, ¿qué decías? —preguntó.

Lewis soltó un sonidito a medio camino entre la risa y la indignación. Salem solo se lo había escuchado a él. Su mejor amigo era tan expresivo que él no paraba de repetirle que bien podría ser actor. Pero Lewis no podía estar menos interesado en el mundo del espectáculo. A pesar de tener unos rasgos que todo el mundo envidiaría (¡sus ojos eran grises!), en realidad era de los que preferían mantener un perfil bajo.

Su estilo era lo que se podía considerar como «tirado». Al contrario que el propio Salem (que le daba mucha importancia a su apariencia), Lewis solía vestir con pantalones anchos y camisetitas de juegos de rol y videojuegos. Tenía tantas que pocas veces le veía repetir una.

—Te preguntaba si querías una servilleta. Mira cómo has puesto la mesa con tus babas.

Salem bufó, y esta vez fue él quien le arrojó una patata frita a su mejor amigo.

—Cállate. No es cierto.

—Ya, claro. Oye, ¿por qué no te lanzas de una vez y lo invitas al baile de Halloween? Es este finde. Si quieres que sea tu pareja, tendrías que hacerlo ya.

—Alucinas. —Salem negó con la cabeza, con el asomo de una sonrisa irónica que murió al darse cuenta de que su amigo no bromeaba—. ¿Cómo le voy a invitar al baile?

—Pues así. —Lewis se aclaró la garganta—. «Cruz, ¿qué hay? Mira, me gustas. ¿Te apetece acompañarme al baile de Halloween? Te prometo toneladas de diversión y una cantidad moderada de alcohol para no olvidar ni un detalle de lo que ocurra esta noche» —dijo, imitando *muy mal* el tono de voz de Salem—. Y después, cuando acabe la fiesta, os marcháis a un lugar más tranquilo y... —Lewis se abrazó a sí mismo y le dio varios besos al aire.

Salem volvió a lanzarle una patata frita.

—Estás fatal —dijo, pero hasta él tenía que admitir que le había hecho gracia su pésima actuación—. Y no, no lo haré. Ni en un millón de años.

Lewis puso los ojos en blanco.

—¡Tío! Llevas colgado por él... ¿Cuánto? ¿El verano entero? ¿Qué mejor ocasión hay para declararte que en el baile que has organizado tú?

—Técnicamente no lo he organizado solo yo...

Su mejor amigo se cruzó de brazos y se echó hacia atrás en el asiento.

—Eres imposible.

Salem sonrió.

—Gracias.

Lewis gruñó como única respuesta.

En realidad, su amigo tenía razón. Salem llevaba pillado por Cruz desde que, a principios de verano, habían coincidido como monitores en el campamento que su instituto organizaba todos los años para los primeros cursos de secundaria. El Instituto Verona era una institución seria, como presumía su página web; el lugar donde los alumnos adquirirían las habilidades necesarias para enfrentarse a su futuro y blablablá. En resumen, todo aquel estudiante de los últimos cursos que quisiera obtener puntos extra para las solicitudes de la universidad podía inscribirse como

monitor. Y eso había hecho él, por supuesto, tanto el año pasado como este.

Salem estaba deseando graduarse. No solo porque llevaba toda su vida compartiendo clase con los mismos compañeros, o porque quisiera deshacerse del molesto (y áspero) uniforme, sino porque no había nada en el mundo que deseara más que perder de vista a cierta persona.

Era fácil enamorarse de alguien como Cruz. Independientemente de su físico (Cruz era alto, de piel morena y tenía los ojos del color del caramelo), el chico era el dueño de la sonrisa más bonita que Salem había visto jamás y tenía el típico sentido del humor que siempre le saca carcajadas a todo el mundo. Ojalá no se juntara con quien no debía...

«Y hablando del rey de Roma...».

Beckett Montgomery entró en el comedor tal y como lo hacía siempre a todas partes: con dos pies izquierdos y la coordinación de una cría de hipopótamo. Se tropezó consigo mismo y tuvo que hacer malabares para no dejar caer la bandeja, y después se chocó con dos estudiantes de primer curso antes de ser capaz de avanzar hacia delante.

Salem bufó. Lewis, en cambio, sonrió con genuina diversión.

—Ah, ya —empezó, con cierto retintín. Volvió a inclinarse sobre la mesa—. A ver si adivino. No es solo tu ansiedad la que te impide pedirle salir a Cruz, ¿eh? También...

Salem le lanzó una mirada mordaz y Lewis se calló.

Sí, Beckett Montgomery era una variable a considerar en la ecuación. La peor de todas, de hecho. Porque, si Salem le decía a Cruz que le gustaba, Beckett se acabaría enterando, claro. Y si por algún milagro Cruz le correspondía, a Salem no le quedaría más remedio que aguantar al imbécil de Beckett. ¡Hasta tendría que fingir que le caía bien!

—¿Por qué tiene que ser su mejor amigo? —masculló, atormentado.

Lewis no contestó, y casi que mejor, porque Salem no estaba de humor para otra de sus bromas. Se le había quitado hasta el apetito.

Salem observó cómo Beckett se sentaba junto a Cruz, le decía algo y este se echaba a reír como si le acabaran de contar el mejor chiste del mundo. Lo cual era imposible; los Montgomery no tenían sentido del humor.

Apartó su bandeja y se levantó.

—Me voy a la biblioteca a estudiar.

Lewis le abucheó, pero él no le hizo mucho caso. Recogió su chaqueta del respaldo de la silla (pese a estar ya en octubre, el calentamiento global les estaba regalando temperaturas propias del verano) y se la colgó de un brazo.

—Si sigues así no llegarás a viejo —lo amenazó su amigo—. O peor, sí, porque no habrás corrido ningún riesgo en toda tu vida. Serás el viejo más aburrido de la historia.

—Yo también te quiero —le dijo Salem a modo de despedida.

Al contrario que el resto de su familia, Salem sabía perfectamente por qué odiaba a Beckett Montgomery.

Ocurrió un día de finales de agosto. Los Montgomery acababan de mudarse a la mansión de al lado. Por aquel entonces, ni siquiera sus padres odiaban aún a la recién llegada familia. De hecho, fue idea de su madre pasarse a saludar. Compró galletas y, con una amplia bandeja y las mejores sonrisas de su repertorio, los Caplan al completo llamaron al timbre de la casa colindante. Al principio todo fue bien. Resultó que los Montgomery tenían dos hijos de la misma edad que Julie y Salem, así que los invitaron a entrar y, mientras los adultos charlaban en el salón, los niños fueron a jugar un rato al jardín.

Julie no había congeniado con Roman, Salem lo supo porque su hermana siempre fruncía los labios cuando se sentía incómoda. Era comprensible. Incluso Salem, que por aquel entonces tenía ocho años, pensaba que el nuevo vecino era algo raro. Roman era un niño muy callado; no se le podía sacar tema de conversación que fuera más allá de las mariposas, con las que estaba

obsesionado. Hablaba de ellas sin parar. Que si mariposa monarca, que si pavón nocturno... Los hermanos Caplan, cuyo conocimiento de insectos no iba más allá de los que salían en el *Animal Crossing*, apenas podían asentir ante semejante bombardeo de nombres. La única que parecía genuinamente interesada era Daphne, la pequeña de los Caplan. A sus seis años, Daph ya era la simpática de la familia; había nacido con el don de caerle bien a todo el mundo.

El caso es que ni Salem ni Julie terminaban de entender por qué Roman les preguntaba tanto sobre mariposas. No, Salem no sabía cuál era su favorita. No, no quería ver su colección. ¡Y mucho menos tocarle las alas a ninguna de ellas, muchas gracias!

Pasada la primera media hora, Salem estaba seguro de que Roman era el Montgomery que peor le caía... hasta que Beckett habló por primera vez.

Había querido la casualidad que Salem y Beckett llevaran la misma camiseta, un diseño de edición limitada que la NASA había regalado a los niños que estaban inscritos en su programa espacial.

—El verano pasado fui a sus instalaciones —dijo Beckett. Incluso tan pequeño, ya llevaba las gafas de pasta gorda que tanto le caracterizaban. Solo que, al contrario que el Beckett adolescente, el niño prefería colores mucho más estridentes para su montura, como el naranja fosforito que destacaba como un faro sobre su piel oscura—. Me invitaron a subir en uno de sus cohetes. Fue genial.

Salem chasqueó los dientes y arrugó la nariz. Lejos de hacerle ilusión que su nuevo vecino compartiera sus gustos (de pequeño, Salem soñaba con ser astronauta; hasta que descubrió que se mareaba en el coche y de qué estaba hecha la comida espacial), se tomó el comentario de Beckett como un ataque personal.

—Bueno —respondió, con una sonrisa amarga—, pues yo tengo un autógrafo de Neil Armstrong.

—¡Yo también! Me lo regaló papá. ¡Y también me firmó una figura de Lego del Apolo 11!

Salem, que por aquel entonces no estaba acostumbrado a que nadie le hiciera sombra, a punto estuvo de gruñirle como un perro.

Y eso fue todo. Cuando se despidió de los Montgomery, Salem se juró a sí mismo que no volvería a dejar que Beckett le pisoteara. Lo superaría en todo: notas, deportes, lo que fuera. Sería muchísimo mejor que él. ¡Hasta sería el primer pelirrojo en pisar la luna, de ser necesario!

Por supuesto, con el paso de los años, Salem había sustituido ese resentimiento infantil por motivos más racionales para odiar a Beckett.

Salem recogió sus cosas cuando sonó el timbre que anunciaba el final de las clases. Tiró apuntes y cuadernos en la taquilla, la cerró y corrió rumbo a la sala del consejo estudiantil. Quería ser el primero en llegar, pero descubrió con horror que Beckett se le había adelantado.

—Caplan —saludó el chico con una sonrisa—. Qué puntual. No tanto como yo, pero...

Salem apretó la mandíbula.

—Sí, bueno —contestó él, y, fingiendo indiferencia, se sentó en la otra punta de la clase—. Ya me conoces: intento darme prisa, pero la gente me para por los pasillos. —Una verdad a medias. Sí, la gente hablaba con él, pero aquella tarde no había sido el caso—. Como soy uno de los miembros mejor valorados del consejo, se fían de mí para hacerme llegar todo tipo de sugerencias y preguntas y...

—Entiendo. A ver si adivino..., ¿quieren saber cuál va a ser el menú de la cafetería de la semana que viene o algo así?

Salem sonrió de manera forzada y se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa.

—No me digas que eso es lo que te preguntan a ti. Ya sabes, te necesitan solo para que resuelvas los problemas más simples, del rollo «dos trenes salen a la misma hora...».

Beckett puso los ojos en blanco.

—Vaya, Caplan, creo que eso son matemáticas. No te asustes, que sé que las llevas regular. En fin, me sorprendería *taaaanto*

que alguien recurriera a ti con ese tipo de cuestiones... Al fin y al cabo, ¿quién querría que tú le dieras consejos sobre mates o ciencias? ¿Cuánto sacaste en el examen de ayer, por cierto? ¿Un notable?

—Notable alto —masculló él entre dientes.

Beckett volvió a sonreír.

—Ya me parecía a mí... Eh, no te preocupes. Para que veas lo magnánimo que soy, me ofrezco a ser tu tutor.

Salem resopló.

—¿Te han dicho alguna vez lo divertido que eres?

—Constantemente.

—Ya, pues te han mentido.

Beckett sonrió como si Salem acabara de contarle el mejor chiste del mundo, lo que hizo que él solo frunciera aún más el ceño. No era la reacción que esperaba.

Salem abrió la boca para continuar la discusión, pero no tuvo tiempo de emitir palabra alguna. La puerta de la sala se abrió y el profesor Foster entró como un huracán. Dejó los libros en la cabecera de la mesa y movió las manos con tanto dramatismo que Salem temió que acabara cayéndose al suelo por el impulso.

—Salem, Beckett —saludó, con esa sonrisa que nunca se le borraba de la cara—. Qué puntuales sois.

—Algunos más que otros —murmuró Beckett. Salem estuvo a punto de enseñarle el dedo corazón.

—¿Sabéis dónde están el resto de vuestros compañeros? —continuó el hombre, ajeno a la tensión que se respiraba en el ambiente. No era un secreto para nadie en el Instituto Verona la gran enemistad que unía a ambas familias, pero el profesor Foster o bien fingía no darse cuenta o realmente no podría importarle menos que Salem y Beckett no se soportaran—. Tengo algo importante que anunciar. Supongo que estarán al... ¡Aquí llegan! Hola, Malcom. ¿Qué tal, Liv? Me alegro de verte, Nicholas. ¿Te has cortado el pelo...? Bueno, sea lo que sea, te queda bien.

Poco a poco, los integrantes del consejo estudiantil fueron ocupando sus respectivos asientos, y los murmullos y saludos se fueron apagando a medida que la impaciencia del profesor Foster se hacía más evidente.

—Bien, veo que estamos todos...

—Pero, profesor —lo interrumpió una de las alumnas—, falta Mary Anne...

Tenía razón. De hecho, en ese momento Salem se dio cuenta de que no había visto a la presidenta del consejo en todo el día.

—De eso precisamente quería hablaros. —El profesor Foster sonrió aún más—. Mary Anne ha dejado el centro. Como bien sabéis, pues a Mary Anne le encantaba recalcarlo, su padre es uno de los biólogos más afamados del país y ha sido reclutado para ir al Amazonas a estudiar a una rana que, según dicen, canta ópera. Sí, ¡ópera! —dijo, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

Un murmullo de risas y comentarios plagados de incredulidad se extendió entre los miembros del consejo.

—Y en vista de que Mary Anne ya no estará con nosotros, tenemos que organizar elecciones para un nuevo presidente —continuó el señor Foster, entusiasmado—. Las votaciones serán la primera semana de diciembre, así que tenéis todo el mes de noviembre para trabajar vuestra campaña electoral. Entonces tendréis la ocasión de dar un discurso abierto al público en el auditorio con vuestras propuestas. ¿Alguna candidatura?

Salem a punto estuvo de dar un brinco emocionado en el asiento. ¡Sí! Esta era la oportunidad que había estado esperando toda su vida. Ser presidente del consejo estudiantil del instituto más elitista del estado le daría mogollón de puntos de cara a su solicitud para Harvard. Además, era la estrella del club de debate. Por no hablar de que su padre había dado sus pinitos en el mundo de la política y tenía un puesto como asesor en el ayuntamiento. Lo llevaba en la sangre.

Lo sentía por Mary Anne (Salem estaba convencido de que con lo remilgada que era lo pasaría fatal en plena selva), pero su

repentina mudanza era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo.

—Yo —dijo, y alzó la mano con un entusiasmo exagerado—. Yo me presento.

El profesor Foster asintió y apuntó su nombre en un papel.

—Bien, Salem. ¿Alguien más? Si no, podríamos ahorrarnos todo el tema de la campaña y...

—Yo —dijo una voz. El corazón de Salem se saltó un latido y tuvo que aferrarse con fuerza al borde de la mesa antes de encarar a Beckett—. Yo también quiero presentarme.

El profesor Foster parpadeó con cierta sorpresa.

—¿Estás seguro? —preguntó. Parecía preocupado—. Tendrás que dar muchos discursos de cara a la campaña electoral, y ni que decir tiene si te votan como presiden...

—Segurísimo —lo interrumpió él.

El profesor lo miró unos segundos antes de encogerse de hombros y apuntar también su nombre en el papel.

Salem se mordió el labio inferior, negándose a apartar su mirada de Beckett. ¡Lo estaba haciendo a propósito, seguro! ¡Jamás había mostrado interés por la política! De hecho, no le interesaba nada que no fueran los números, y tal vez el cine. ¿Por qué se presentaba, si no era para molestarle a él?

Sin embargo, Beckett debía de estar más que seguro, porque asintió con vehemencia y clavó sus ojos en los de Salem.

—Espero que no te asuste algo de competencia... —le dijo.

—No —contestó Salem—. ¿Y a ti? ¿Seguro que te las apañarás para no mearte en los pantalones al plantarte delante de todo un auditorio? No estás acostumbrado a ser el centro de atención.

—¿Te preocupa que pueda tener incontinencia?

—Por supuesto, Montgomery —mintió él con falsa inocencia—. Imagínate que te pasa algo antes de dar tu discurso final... Sería una pena.

—¿Me estás amenazando?

—Chicos... —advirtió el profesor Foster.

—¿Yo? —continuó Salem, ignorando al profesor—. Claro que no. Tú mismo lo has dicho: me preocupo por ti.

Beckett frunció los labios en una fina línea y Salem se forzó a sí mismo a sonreír.

—¿Alguien más quiere presentarse? —preguntó el profesor Foster, pero nadie más hizo un solo gesto. Al final, el hombre carraspeó—. Bueno, entonces..., ¿estáis preparados para la batalla electoral?

—Sin duda —respondió Salem, sintiendo un subidón de adrenalina—. Que empiece el juego.

Capítulo 2

Desde el momento en que los Montgomery habían comprado la mansión colindante, no había pasado ni un solo instante sin que Salem compitiera con Beckett por ser el mejor. ¿El problema? Si era honesto consigo mismo, la realidad era que el pequeño de los Montgomery y él estaban empatados.

Beckett había sido el primero en pegar el estirón, pero Salem era mucho mejor deportista. De hecho, su baja estatura lo había convertido en la estrella del equipo de fútbol del instituto. Era rápido y podía colarse por cualquier recoveco, algo que Beckett no podía hacer (aunque tampoco era como si a Montgomery le interesara el deporte, en realidad). Salem tenía una visión perfecta, en contraste con la miopía de Beckett. Era cierto que Beckett había sido el primero en salir del armario como bisexual, pero él había sido el primero en tener novia y en besar a un chico. Beckett sacaba siempre dieces, especialmente en Matemáticas y Física (a diferencia de él, no había renunciado a sus sueños de dedicarse a la ingeniería espacial), pero Salem tenía la mejor media en Literatura de todo el instituto.

Salem había sido el primero en enviar la solicitud a la universidad (a Harvard, concretamente, lo que quería decir que tenía mucho más claro su futuro que su rival), pero Beckett ya tenía el carné de conducir (a él se le resistían los vehículos motorizados, era cierto). Salem era excelente en los discursos y había ganado varias competiciones de debate, mientras que Beckett

formaba parte del club de cine del instituto y uno de sus cortometrajes había recibido una ovación en un festival nacional.

En resumen, ambos formaban parte de dos clubes en el instituto (fútbol y debate, en el caso de Salem; cine y ciencias, en el de Beckett), participaban en el consejo estudiantil, tenían amigos, eran abiertos y orgullosamente bisexuales, se relacionaban con el resto de los estudiantes (con mayor o menor destreza), habían ganado decenas de trofeos y tenían calificaciones similares.

Por eso, después de reflexionar fríamente sobre las elecciones a la presidencia del consejo, Salem había llegado a la conclusión de que el hecho de que Beckett también se hubiera postulado era lo mejor que le podía haber pasado. Solo les quedaban unos meses en el instituto; después, cada uno iría a una universidad diferente y probablemente no se volverían a ver. Esta era la última oportunidad que tendrían para desempatar de una vez por todas. Ahora el resto de los estudiantes podían decidir quién de los dos era mejor. Y estaba claro que él iba a ganar. Tenía todas las papeletas.

Cuando Salem llegó a casa lo hizo con la intención de encerrarse en su habitación para estudiar y empezar a preparar la campaña electoral, pero su hermana Daphne parecía tener otros planes.

—¿Salem? —preguntó desde el salón, y él hizo de tripas corazón y acudió a su llamada—. ¿Eres tú?

—No —contestó con ironía—. Soy un asesino en serie que tiene las llaves de casa.

—Ja, qué gracioso eres. —Daphne estaba tirada en el sofá, con una revista apoyada contra las piernas y la actitud de quien no da palo al agua. Salem sabía que no era cierto, no del todo: su hermana era lista y estudiosa, aunque también la persona más perezosa que conocía—. Iba a preguntarte qué tal el día, pero ahora me da igual. ¿Me traes una Coca-Cola?

Salem bufó.

—Ve tú a por ella.

Daph le sacó la lengua.

—Te odio.

Salem hizo un aspaviento a modo de despedida y se marchó a su habitación. Tenía mucho trabajo por delante y cero ganas de ponerse a discutir con Daph. Quería mucho a su hermana pequeña, pero era una pesada. En momentos como estos, echaba mucho de menos a Julie. En ella, Salem siempre había encontrado a una aliada. No es que no quisiera a Daphne, pero entre Julie y él siempre había habido una conexión especial, y su hermana mayor solía ser la primera persona a la que le contaba todo.

Ojalá sus padres no fueran tan cabezotas... Salem estaba dispuesto a soportar al mayor de los Montgomery si con ello conseguía que Julie volviera a casa.

Beckett era otra cosa, por supuesto.

Salem encendió la luz, tiró la mochila sobre la cama y caminó hacia el escritorio. Sin embargo, antes de sentarse a estudiar se detuvo unos segundos para mirar por la ventana.

El destino era caprichoso y estaba claro que a él le había tocado la peor mano de toda la baraja. Solo eso explicaría por qué su dormitorio y el de Beckett estaban uno frente al otro. Ni siquiera el terreno que rodeaba ambas casas impedía que lo primero que viera Salem al levantarse fuera al puñetero Beckett Montgomery.

Salem arrugó la nariz, sacudió la cabeza y echó las cortinas con tanta fuerza que casi hace que se descuelguen.

Los Caplan eran una familia de costumbres. Por ejemplo, siempre cenaban a las ocho, ni un minuto más ni uno menos, y se sentaban alrededor de la mesa cada uno en su silla. Los sábados quedaban para comer con los abuelos, y los domingos por la tarde, si no había otros planes y siempre que hubieran terminado los deberes, veían juntos una película. Los padres de Salem trabajaban mucho y pasaban largos periodos fuera de casa, pero aun así hacían todo lo posible para estar con sus hijos. No eran

como la típica familia rica que aparecía en la televisión. Sí, a su padre le gustaba presumir de dinero (tenía varios coches deportivos que mimaba casi tanto como a sus hijos), y sí, su madre era un poquito cotilla y competitiva y siempre tenía que ser mejor que los demás, pero eran cariñosos y se preocupaban los unos por los otros.

En general, el señor y la señora Caplan aprovechaban la hora de la cena para sonsacarles a sus hijos todo lo que podían sobre su día a día. Especialmente a Salem, que compartía clase con un Montgomery. A veces le daba la sensación de que lo usaban como agente encubierto.

El asiento que solía ocupar Julie permanecía vacío, aunque todos actuaban como si siempre hubiera sido así.

—¿Es cierto eso que dicen —preguntó aquella noche Anthony Caplan—, que Frederik Montgomery va a donar primeras ediciones de Shakespeare para la biblioteca del instituto?

Salem dejó caer el tenedor

—¿En serio?! ¡No sabía nada!

—Me lo acaba de confirmar la secretaria de tu instituto —continuó su padre—. ¿Cómo se llama? ¿Betty? ¿Beverly? El caso es que parece que ha sido una decisión de última hora y...

Cora, su madre, alzó una ceja.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó—. Parece que la noticia te ha sentado peor que a nosotros...

¡Pues claro que sí! ¡Esto reducía drásticamente sus oportunidades de cara a la campaña electoral!

—¿Recordáis a Mary Anne? —Sus padres asintieron, y Daphne incluso imitó la forma tan exagerada que la chica tenía de hablar—. Pues han reclamado a su padre para investigar uno de esos bichos raros que él estudia y el puesto de presidente del consejo se queda libre. Yo me he presentado, por supuesto, pero también lo ha hecho Beckett. Y si su padre ha donado media biblioteca nueva...

Su padre soltó una palabrota.

—¡Anthony! —se quejó su madre.

—Perdona, Cora, pero es que son unos... ¡Seguro que lo han hecho para comprar votantes!

Daphne puso los ojos en blanco.

—Oh, venga ya, papá —se quejó—. ¡Esto es ridículo! ¿Cómo iba a saber Frederik que Mary Anne dejaría la presidencia? No es vidente.

—Bueno —carraspeó él—, tal vez se lo dijo el propio padre de Mary Anne. ¿No compartían gimnasio?

—No —le corrigió su madre—. Iban a la misma clase de yoga.

—Da lo mismo —continuó su hermana—. ¿Y cómo iba a saber que su hijo se presentaría? Beckett no ha mostrado nunca interés en política.

—Lo ha hecho para fastidiarme —dijo Salem—. Seguro.

Su hermana bufó.

—No eres tan importante, ¿sabes?

Salem le arrojó un guisante como única respuesta.

Su padre empezó a buscar algo en los bolsillos de su americana. Otra de las normas de los Caplan: el pijama, solo para dormir; a cenar siempre de punta en blanco, que no eran unos salvajes.

—A ver... —Su padre sacó una chequera y un bolígrafo del bolsillo interior de la prenda—. ¿Qué te parece si donamos un nuevo observatorio?

—¡O podríamos ampliar los jardines! —aportó su madre—. Siempre he dicho que les hace falta un buen repaso.

—¿Por qué no ambos? —preguntó su hermana con ironía.

—¡Perfecto! —Anthony asintió y empezó a apuntar algo en la chequera. Daphne hizo un gesto con la mano y se cruzó de brazos, como si los diera por perdidos—. ¿Cuánto dinero se necesitaría? ¿Tal vez medio millón? ¿O nos quedaríamos cor...?

—Eh, ¡un momento! —se adelantó Salem—. ¡No quiero que donéis nada!

Su madre le lanzó una mirada confundida.

—Pero, cariño...

—Quiero ganar por mí mismo, no como Beckett.

—Que lo de la biblioteca es coincidencia... —insistió su hermana.

—Y ganarás —aseguró su padre—. Pero no pasa nada por aceptar algo de ayuda...

—No —se negó él—. No de este tipo. No quiero comprar a los votantes. No voy a usar mi apellido y la fortuna familiar para esto. Prometedme que no os vais a involucrar en las elecciones.

—Cariñ...

—¡Mamá!

—¡Vale! —se rindió Cora. Alzó los brazos y negó con la cabeza—. Hay que ver lo testarudo que eres.

Su padre abrió la boca, pero Salem frunció el ceño y acabó dándose por vencido. O, al menos, eso esperaba él.



¿Y si Romeo y Julieta vivieran felices y comieran perdices?

Salem Caplan debería haberse alegrado de que su hermana Julie esté viviendo su vida universitaria soñada junto a Roman Montgomery, inmune a la rivalidad que siempre ha enfrentado a sus familias. Julie y Roman han dejado todo eso atrás.

Todo.

Incluso a sus hermanos, Salem Caplan y Beckett Montgomery, y a sus padres, que, humillados por el noviazgo de sus primogénitos, se detestan más que nunca. Salem ya no sabe qué hacer para contentarlos: está en el equipo de fútbol, en el de debate, saca las mejores notas..., pero nada es suficiente. Quizás si lo eligen presidente del consejo estudiantil, el humor de sus padres mejor...

Pero ¿quién más se presenta a las elecciones? Por supuesto: Beckett Montgomery. Y para colmo de males, además de su vecino y rival, Montgomery es el mejor amigo de Cruz, de quien Salem está secreta y profundamente enamorado. ¿Por qué el cosmos no deja de poner al maldito Beckett Montgomery en su camino?

5500153

ISBN 978-84-19831-53-8



9 788419 831538



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es